

algunos refugiados, el honrado tendero creía encontrarlo todo en el estado más lamentable. Al llegar á la rada de Brest observa con disgusto los acorazados, que no conoce todavía y que le describen como invención del emperador, el cual por este medio había conseguido destruir la supremacía marítima inglesa á lo menos en una mitad; pero no por esto deja de sentir gran pesar al ver eliminados así los antiguos navíos de tres puentes con sus poéticos mástiles y velas. De la misma manera se va enterando paso á paso de todos los beneficios que á la Francia ha proporcionado el imperio, y entra en Francia y nadie le pide pasaporte; ve al pueblo acudir á la alcaldía para ejercer el sufragio universal; ferro-cariles y telégrafos cruzan toda la Francia; con asombro observa el embellecimiento de París; los tratados de comercio han abaratado todas las mercancías; los objetos de hierro se venden á menos de la mitad que antes; no hay desórdenes, ni misioneros políticos ni desterrados; la marcha de los procesos se ha acelerado, queda abolida la muerte civil; los obreros tienen libertad de coaligarse; existen cajas de socorros para la vejez, y se han creado los asilos de Vincennes, etc.; todo lo cual transforma al honrado tendero en ardiente adorador del imperio.

De otra novela originada en el gabinete del emperador y destinada á ser publicada por el *Petit Journal*, sabemos (1) que debía tratar una historia militar del tiempo de Napoleón I. Este periódico barato, que contaba con 250,000 suscritores, no acostumbraba á tratar de política; pero su propietario Millaud lo había puesto á disposición del gobierno para el período de las elecciones. El gobierno, aprovechando hábilmente esta circunstancia, publicó biografías y retratos de los ministros, de los diputados más notables de la mayoría, de los nuevos candidatos del gobierno, etc. En general el negociado de la prensa en el ministerio del Interior era un recurso principal para el gobierno en las elecciones. Diariamente este negociado debía facilitar nota de los sucesos en cada departamento, de los artículos de los periódicos de oposición, manifiestos electorales, etc., cuyos datos servían por un lado como base de la correspondencia del gobierno con los prefectos y por otro se entregaban á Fleury para conocimiento del emperador. Una sección especial suministraba á la prensa de los departamentos diariamente artículos y noticias, y mantenía con este motivo relaciones con 150 periódicos. Por otra parte la oposición en el primer trimestre de 1869 fundó nada menos que 46 periódicos nuevos, y además 14 imprentas; y aunque el ministerio decía que la prensa adicta del gobierno contaba 180 periódicos más que la oposición, tenía que confesar que esta ventaja era pequeña comparando la calidad de los periódicos; pues entre los adictos al gobierno había muchos que se dedicaban principalmente á los anuncios ó de ramos especiales, y eran en general solamente locales, de manera que estos no tenían más redacción que la propia de su especialidad y no podían ser de gran provecho en las elecciones. Para remediar este mal facilitó el gobierno á los prefectos, no solamente recursos pecuniarios, sino también redactores para tales periódicos, y á principios de abril envió á provincias con este fin 33 literatos. Grandes servicios prestó al gobierno la correspondencia *Pharaon*, que estaba subvencionada por el emperador, y también la correspondencia *Cahot*, que servía á 27 periódicos en su mayoría del color del tercer partido, pero que recibía diariamente sus instrucciones del ministerio. Para el servicio telegráfico se valía de la agencia *Havas*, á la cual estaban abonados 307 periódicos. En el extranjero se servía el gobierno imperial sobre todo del *Nord*

(1) *Papiers secrets*, pág. 11.

de Bruselas y además tenía relaciones con unos veinte periódicos ingleses y alemanes, entre ellos algunos de primera categoría. Para contrarrestar la propaganda de los periódicos de oposición de París, que tenían en los departamentos más suscritores que la prensa adicta al gobierno, se enviaron durante el mes de mayo 18,000 ejemplares del *Peuple* á personas adictas en los departamentos; un arreglo análogo existía entre el gobierno y *La Patrie*, y además disponía el gobierno en París de *La France*, del *Messenger de Paris*, del *Constitutionnel*, del *Pays*, del *Public*, del *Dix Decembre*, y hasta cierto límite, y pagándolo bien, del *Figaro*. Estos eran los instrumentos que el ministro tenía á su disposición para influir en las elecciones.

Por supuesto, los agentes de la oposición no estuvieron ociosos; pero desde luego se observó una gran desunión. Los republicanos formaban grupo aparte de los monárquicos, lo cual no hubiera sido un inconveniente sensible mientras que hubiesen evitado entre ellos colisiones perjudiciales á la unión de todos en las segundas elecciones de empate; pero lo peor fué que los republicanos ni siquiera supieron unirse entre sí, pues en las elecciones de París se hicieron la competencia Carnot y Gambetta, Garnier-Pagés y Raspail, Gueroult y Julio Ferry, Favre y Rochefort. Ollivier y Thiers, que volvieron á presentarse como candidatos en París, tuvieron por competidores á republicanos. Darimon renunció á su candidatura, que de todos modos hubiera salido derrotada, pues el espíritu que dominó en las elecciones de la capital fué, como dijo muy acertadamente Gambetta, «la oposición irreconciliable.» Hasta Julio Favre fué mirado con sospecha por la juventud apasionada, y no pudo salir airoso en su distrito de París el primer día de elección, el 24 de mayo. Solo consiguieron su propia elección Ernesto Picard, Gambetta, Julio Simon y Pelletan, que no tuvieron competidores republicanos, y Baucel, víctima del golpe de Estado, que por cerca de 23,000 votos venció á Ollivier, que reunió 13,000. En los departamentos ganó la izquierda á la primera embestida 21 puestos, quedando 58 elecciones indecisas, pero la mayor parte con auspicios favorables para la oposición, que en efecto ganó 33 puestos en las segundas elecciones. En París triunfaron Favre, Ferry, Garnier-Pagés y Thiers de sus competidores. Contando la oposición dinástica, se podían calcular en 90 á 100 los diputados elegidos contra la voluntad de Rouher, es decir, en una tercera parte de la cámara, que esta vez se componía de 292 miembros; pero si se contaban los votos que representaban los diputados elegidos, resultaban para el gobierno 3.636,000 votos favorables y para la oposición 3.266,000; es decir, que con poca diferencia había obtenido el gobierno igual número de votos que la oposición; París había enviado á las urnas 231,000 electores contra el gobierno y solo 74,000 á favor de éste.

Ya el primer día de elección había dado motivo este brillante resultado á multitud de manifestaciones de triunfo en la capital; en la noche de las segundas elecciones creció la excitación, y durante varios días se repitieron las demostraciones, que consistían en el canto de la Marsellesa, en vivas dados á Rochefort y á la anarquía y en la destrucción de algo. En particular se distinguió en estas demostraciones una numerosa turba de individuos que llevaban blusa blanca, cuya aparición provocó cada noche nuevos tumultos; y como la policía procedió contra los perturbadores con una lentitud que permitía la facilísima dispersión de los individuos de blusa blanca apenas se les atacaba, se generalizó la convicción de que eran hombres pagados por el gobierno para excitar la población á fin de dar motivo á la tropa á intervenir con las armas. Es probable que una intervención lamentable de esta clase hubiese consolidado la situación de los

representantes del antiguo sistema de gobierno; pero basta confrontar las cualidades personales de Rouher y de Rochefort para creer justamente lo contrario y presumir que Rochefort, el agitador solapado, fué el instigador de las provocaciones y no Rouher, que á pesar de sus debilidades era personalmente demasiado honrado para prestar la mano á semejantes recursos. Además sabía muy bien que todavía continuaba firme en el favor del emperador y que podía también contar con mantener su posición en la nueva cámara.

## CAPITULO XV

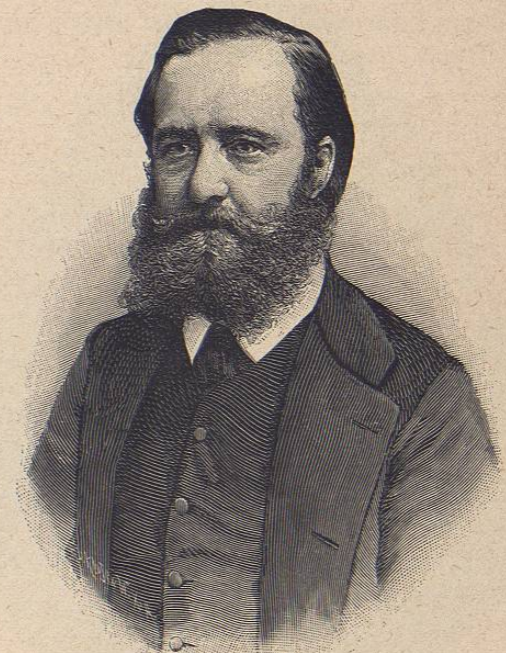
### EL IMPERIO PARLAMENTARIO

El emperador en aquellos días no hizo caso de una proposición que le dirigió Maupas. De haberla aceptado, habría tenido que destituir á Rouher, pues el antiguo cómplice del golpe de Estado aconsejó esta vez un cambio político radical, y que declarara el emperador á la nación que no había podido emprender las modificaciones de la constitución pedidas repetidas veces, sin conocer primero las opiniones del país; pero que hallándose éstas claramente expuestas en aquel momento con ocasión de las elecciones, deseaba satisfacer á la nación dándole por medio de nuevas instituciones una mayor participación en la dirección de los negocios; que á este fin sería reemplazada la constitución de 1852 por otra que prepararían las corporaciones correspondientes, y que en su día se llamaría al país para aceptar la constitución nueva (1).

El emperador dejó la carta de Maupas y su proposición sin contestar y opinó como Rouher que no debían tomarse por lo serio muchas de las promesas liberales dadas por diputados á sus electores, y que en la nueva cámara no faltaría una mayoría sumisa. Lo que hizo creer al ministro principalmente favorable la situación fué la gran división de los diputados y la multiplicidad de sus programas. A fin de adquirir una base para la organización de una mayoría ministerial se hizo autorizar por el emperador á convocar la nueva cámara para una legislatura previa y breve con el único objeto de examinar las actas de elección. Quería Napoleón, según lo prueban muchos de sus actos, convencer á la opinión pública de que su intención no era renunciar á la política seguida hasta entonces. Distinguió á Jerónimo David con la gran cruz de la Legión de Honor. El presidente de la cámara, Schneider, que podía ver en esta gracia una especie de demostración contra sus principios más liberales, demostración que podía dañar á su concepto moral, recibió una carta del emperador en la cual se le tranquilizaba diciendo que éste continuaba deseando la unión de un poder fuerte con instituciones sinceramente liberales. Persigny, que en una carta dirigida á Ollivier había expresado la esperanza de que Napoleón llamaría á su lado á la generación joven y se valdría de su fuerza, inteligencia y decisión, tuvo que manifestar públicamente su sentimiento porque esta carta se había comunicado sin su anuencia á los periódicos. Finalmente llamó grandemente la atención otra carta que Napoleón escribió al diputado barón de Mackau y que Clemente Duvernois, cuyas relaciones estrechas con la corte eran conocidas, publicó en el *Peuple Français*. En esta carta aprobaba el emperador la opinión de Mackau, según la cual no convenía hacer concesiones en materia de principios ni sacrificar á ciertas personas enfrente de un movimiento popular, y un gobierno que se respetase á sí mismo no podía ceder á la pasión ni á la corriente del día ni á la sublevación.

(1) Maupas, tomo II, pág. 361.

A pesar de esto, declaró Rouher al abrir la legislatura previa en 28 de junio que el gobierno en la legislatura reglamentaria haría proposiciones que esperaba satisficieran los deseos del país. No habiendo comunicado el contenido de estas proposiciones, la reserva disgustó á la oposición, y á fin de excitar las declaraciones del ministerio se constituyó por consejo de Julio Bames un partido liberal de constitución, al cual pertenecieron Buffet, Plichon, Andelarre, Segris, Talhouet, Keller, Daru y Estancelin, y luego también Ollivier. Este partido se propuso pedir por medio de una interpelación reformas compatibles con la constitución, y se redactó un proyecto en términos bastante generales en cuya forma se comprometieron pronto hasta 80 diputados á adoptarlo,



Clemente Duvernois (según fotografía)

mientras la izquierda verdadera se mantuvo reservada, y la derecha hizo una débil tentativa para presentar una contra-interpelación, que redactó el vice-presidente Du Miral de acuerdo con Rouher. Muchos diputados de la derecha, sin embargo, creyeron más prudente firmar la interpelación de los liberales, á fin de quitarle así el carácter de obra de partido, y así se aumentaron las firmas de tal manera que los autores de la idea se decidieron á buscar otra redacción menos general, pidiendo en su interpelación la responsabilidad ministerial y el derecho de la cámara para hacer su reglamento. En esta forma volvieron á reunir sus autores firmas que á pesar de presentar esta vez un compromiso positivo, llegaron muy pronto al número de 100 y en 8 de julio hasta 116, entre ellas las de hombres como el barón de Mackau y el duque de Mouchy, el esposo de la princesa Ana Murat. Entonces se cerró la lista antes de que la izquierda pidiera su inclusión en ella, pues aunque se mantuvo por lo pronto apartada por pura formalidad, de haber entrado en la lista hubiera constituido desde luego una mayoría. Buffet y otros que habían sido recibidos por el emperador, dijeron que éste no miraba con malos ojos la interpelación, bien que no podía aceptar la responsabilidad ministerial por contradecir al plebiscito de 1852; pero como al mismo tiempo observó que en un nuevo plebiscito bien podía contar en su opinión con seis millones de votos, se infirió de aquí que en el fondo estaba dispuesto á entrar en este camino y á restablecer el régimen parlamentario por un nuevo voto popular.

El movimiento en realidad se dirigía tan poco contra él, que los autores de la interpelación entendieron que además de la responsabilidad de los ministros, era necesario conservar la del emperador como el principio esencial de su posición; por manera que el blanco del ataque era exclusivamente Rouher, al cual se deseaba hacer caer por todos los medios; y habiéndose entretanto legalizado ya 220 elecciones de las 292, se pidió que el presidente Schneider pusiera al orden del día la elección de los secretarios, con lo cual la cámara se hubiera constituido y hubiera sido posible la presentación de la interpelación. No pudo aplazarse ya mas la resolución y entonces Rouher dió un paso atrevido para sostenerse. En la sesión del ministerio y del consejo secreto



Cremieux (según una litografía de Augusto Bry)

recomendó en 10 de julio el envío de un mensaje imperial que prometiera al cuerpo legislativo el derecho de hacer su reglamento, de elegir las mesas, de votar por capítulos el presupuesto y de aprobar las tarifas de los tratados de comercio futuros; que se amplificaría el derecho de interpelación; que se simplificaría la presentación y el exámen de enmiendas; que se suprimiría la incompatibilidad del cargo de diputado con el de ministro, y finalmente que se prepararían algunas modificaciones en las atribuciones del senado.

Habiéndose leído ya en 12 de julio el mensaje, el emperador decidió suspender las sesiones de la cámara de diputados para dar tiempo al senado á entrar en el exámen de las nuevas reformas, conforme exigía la constitución. Los 116 firmantes de la interpelación se dieron por muy satisfechos con la marcha del asunto, y solo se lamentaron la izquierda y los 55 diputados cuyas actas no habían sido aprobadas todavía de que no se hubiese fijado el día de la reunión de la cámara. Todas estas consideraciones perdieron su interés cuando se supo en 17 de julio que Rouher había presentado su dimisión con todo su ministerio y que Forcade de la Roquette se pondría á la cabeza de un nuevo gabinete. El autor verdadero de esta determinación fué Schneider, el presidente del cuerpo legislativo, que obedeciendo á las instancias de muchos diputados se había presentado al emperador exponiéndole la inconveniencia de sostener á Rouher. Na-

oleon cedió; pidió á Schneider la lista de un ministerio nuevo y la aprobó sin modificación. Con esto no cupo ya ninguna duda de que se había cumplido la primera condición previa para realizar las promesas del mensaje imperial, siquiera para dar confianza á la oposición dinástica; solo faltaba saber si esta confianza saldría engañada, pero nadie podía negar la trascendencia extraordinaria del hecho de que Rouher, el hombre en apariencia inamovible, hubiese sido derribado. La composición del nuevo ministerio causó sorpresa en todos los campos. Se componía por mitad de miembros del antiguo gabinete, á saber: Forcade de la Roquette, Magne, Niel, Rigault de Genouilly y Gressier, mientras Duvergier (Justicia), Latour d'Auvergne (Negocios extranjeros), Leroux (Comercio), Bourbeau (Instrucción) y Chasseloup-Laubat (presidente del consejo de Estado) entraron de nuevo. El ministerio de Estado quedó completamente suprimido, de modo que Rouher no recibió sucesor. Por lo demás no fué culpa del emperador si los 116 interpelantes no imprimieron su sello al nuevo gabinete; porque no estando todavía aprobada por el senado la prometida compatibilidad del cargo de ministro con el de diputado, no hubiera encontrado Schneider á ninguno de los nuevos ministros dispuestos á renunciar á su asiento en la cámara. Quedó no obstante cosa tácitamente entendida y convenida que los 116 no crearían ningún obstáculo al nuevo ministerio, sin perjuicio de desearle desde el primer momento una vida corta. La izquierda por su parte no pudo ponerse de acuerdo sobre ningún acto común, de suerte que renunció á toda manifestación. La derecha esperó durante algún tiempo que Rouher se haría elegir diputado para encargarse después de la jefatura del partido, pero el ministro de Estado destituido aceptó con admiración de todo el mundo la presidencia del senado, que había quedado vacante con la muerte de Troplong, ocurrida en 2 de marzo; de suerte que Rouher tuvo la misión de dirigir en el senado las discusiones relativas á las nuevas reformas.

Estas discusiones empezaron el 2 de agosto y mientras continuaban sufrió el emperador un ataque gravísimo de su enfermedad de la vejiga, lo que le imposibilitó completamente de dedicar su atención á los trabajos del senado. Los periódicos radicales como el *Rappel* y el *Reveil* se entretenían ya en hacer cálculos suponiendo posible la muerte del jefe del Estado, con una brutalidad tan inconcebible que Blanchard Jerrold dice en su obra (tomo IV, pág. 411) que en Inglaterra no se habrían tolerado ni un solo día semejantes artículos y que habrían sido delatados por todas las personas honradas.

No hubo peligro de que el senado rechazara los proyectos de ley que tenía que examinar, pero casi todos los senadores estaban disgustados, ya por ser contrarios á toda concesión liberal, ya porque el anuncio solemne de estos proyectos de ley por un mensaje imperial les había quitado hasta la apariencia de su libertad para votar. A los pocos miembros que de buena gana hubieran pasado adelante sirvió el príncipe Napoleon de orador, que expresó su satisfacción por las reformas concedidas en un discurso que llamó muchísimo la atención y en el cual habló también de los necesarios complementos que esperaba seguirían muy pronto á las leyes. Las disposiciones mas importantes de las leyes nuevas eran las siguientes: El cuerpo legislativo recibía el derecho de iniciativa en la legislación. Los ministros dependerían en adelante únicamente del emperador, pero celebrarían sus consejos corporativamente bajo su presidencia y podían ser acusados por el senado; podían ser miembros del senado ó del cuerpo legislativo, y sin ser miembros podían pedir la palabra siempre que les conviniese en ambas cámaras. Las

sesiones del senado serían públicas, pero á petición de cinco miembros podía celebrarse una sesión secreta. Las leyes adoptadas por el cuerpo legislativo podían ser devueltas por el senado para que las volviera á discutir siempre que el senado deseara alguna mejora, por manera que esta corporación no se diferenciaba ya en este concepto de una cámara alta. El cuerpo legislativo elegiría en adelante á sus presidentes. Todo miembro tanto del senado como del cuerpo legislativo podría dirigir interpeleaciones al gobierno, cuya discusión podría ponerse al orden del día expresando los motivos. Como antes, deberían pasar las enmiendas á una comisión; y si esta comisión no estaba de acuerdo con el gobierno había de consultarse al consejo de Estado antes de que el cuerpo legislativo pudiese resolver. El presupuesto debería ser discutido y aprobado en adelante por capítulos, y para introducir modificaciones en los aranceles de aduanas se necesitaría la aprobación del cuerpo legislativo (1). Después de cuatro semanas de discusiones quedó aprobado el nuevo senado-consulta en 6 de setiembre por todos los votos menos tres, absteniéndose otros nueve senadores.

Hubiera sido entonces regular que se despidiera al ministerio Forcade de la Roquette y que se le reemplazara con hombres del centro izquierdo; mas lo extraño fué que el ministro director creyó poderse sostener á pesar de haber perdido la fama de liberal que había tenido antes, pérdida debida á su última campaña electoral, por su defensa de las candidaturas oficiales en el exámen de las actas y por haber hecho la oposición al discurso del príncipe Napoleon en el senado. El emperador le apreciaba especialmente por sus ideas libre-cambistas, y como la próxima renovación del tratado de comercio con Inglaterra hacia esperar árdas discusiones con los proteccionistas, le habría conservado de buena gana en su puesto; pero al volverse á reunir otra vez las cámaras, era indispensable hacer una concesión en la cuestión de personas. Para eludir esta dificultad se procuró alargar el plazo de suspensión de las sesiones; pero en esto experimentó el gobierno grandísima resistencia. El diputado Keratry expuso en una carta abierta que el 26 de octubre era el día en el cual debía volverse á reunir el cuerpo legislativo conforme á la constitución, pretensión que solo podía admitirse suponiendo como no existente la corta legislatura de verano, y el citado diputado excitó á sus colegas para que en el caso de no ser convocados se reunieran por su propia iniciativa. Esta proposición fué muy aplaudida por la izquierda, pero no siendo suficientemente apoyada por razones constitucionales, se renunció á la reunión, si bien por lo menos se alcanzó que Forcade fijara la apertura de la legislatura para el 29 de noviembre. En el intermedio se siguieron nuevas negociaciones entre el emperador y Ollivier, sirviendo de mediador Duvernois. En una carta del 24 de octubre (2) repitió Ollivier las muestras de su mas viva simpatía hacia el emperador, simpatías que, según dijo, se habían aumentado en el último tiempo al observar la dignidad con la cual Napoleon había arrostrado tantos ataques indignos. Ollivier aprobó en un todo el aplazamiento de la reunión de las cámaras, diciendo que de haberse dejado intimidar hasta el punto de convocarlas para el 26 de octubre, habría desaparecido el imperio al día siguiente; y que el ministerio interino no podía sostenerse porque cuando el emperador aceptó la política de los ciento diez y seis interpelantes, habría debido encargarse á uno de ellos la formación de un ministerio nuevo. Dicho esto trazó á grandes rasgos el programa que él seguiría. Tocante á la política extranjera, dijo que la guerra complicaría

(1) Helie, pág. 1319.

(2) *Papiers secrets*, pág. 146.

la situación todavía mucho mas. «Ha pasado para no volver el tiempo en el cual fué posible detener á los prusianos, y en adelante solo puede buscarse la salvación y grandeza del imperio en el respeto del principio de las nacionalidades, al cual el emperador ha abierto el camino; si ahora lo combatiere quedaria vencido. Por esta razón creo conveniente examinar si será bien oponerse á la unión de la Alemania del Sur con la del Norte en el caso de que la Prusia quiera obtenerla á la fuerza; pero considero impropio oponernos á esta unión bajo ningún pretexto si por la voluntad de las poblaciones se realiza.» En la política interior pidió entre otras cosas la abolición de la ley de seguridad y á lo menos en principio la de las candidaturas oficiales. No aprobaba la elección de los alcaldes por los consejos municipales, pero dijo que deseaba mayor descentralización y mayor auto-



Leboeuf (según fotografía)

mía. Respecto de la prensa y de las reuniones la política que se seguía entonces era en su concepto excelente y daría dentro de pocos meses buenos frutos, conviniendo ante todo tener separadas las dos corrientes existentes al lado de los conservadores inactivos y divididos, á saber, la revolucionaria y la liberal, y vencer á la primera por medio de la segunda, sirviendo los conservadores de ejército de reserva que decidiría la jornada. Añadió que si el emperador estaba de acuerdo con este modo de pensar, podía disponer de él, pero en el día no podía entrar ni en el gabinete existente ni formar parte con Rouher de un mismo ministerio; que era necesario que se le encargara de formar un nuevo ministerio en el cual entrarán Magne, Chasseloup, el ministro de la Guerra y el de Marina, y acaso también Forcade, pero no como ministro del Interior, y que elegiría los otros, salvos los afectos personales del emperador, entre los ciento diez y seis interpelantes. Además necesitaba tener autorización para disolver la cámara, si bien no creía que tendría necesidad de hacer uso de ella, porque bastaría la convicción de que la tenía. Si el emperador no aprobaba estas proposiciones lucharía como hasta entonces contra la revolución en calidad de guerrillero, siendo éste por lo demás el papel que prefería.

Si esta última observación era seria, se debía indudablemente al temor de que los elementos no bien definidos de los 116 interpelantes no estuviesen dispuestos á apoyarle. Hasta creía Ollivier que tendría que romper con ellos y po-